

# Presentación

## Héctor Rojas Herazo: vida y creación artística

Casi han corrido dos años, desde la tarde en que Rojas Herazo nos dejó ese gran vacío, el gran vacío de su sombra de árbol de patio, de hombre arbóreo. El gran vacío de su potente voz, atropellada y anhelante de palabras precisas. Pero no han sido dos años en vano, porque su recuerdo se mantiene en la memoria de quienes lo conocimos y lo disfrutamos, con la calidez de su abrazo, el apretón de sus manos de gigante, el candor de niño viejo y la generosidad de su obra artística. Ese recuerdo nos mueve a poner a disposición de sus lectores este homenaje a su vida y a su obra.

La vida y obra de Rojas Herazo expresan la lucha por aclimatar al hombre en su vida y en su medio, por dominar el lenguaje y por encontrar una vía de escape al terror de vivir y al asedio de los venenos que atosigan la vida humana. Alejado de sus padres desde los siete años, su ambiente familiar no fue ajeno a la literatura, pues de manera constante se leían los clásicos. Luego de vivir en Cartagena, donde cursó sus primeros estudios, pasó por Barranquilla y muy joven viajó a Bogotá donde se radicó y aclimató por completo. Su larga residencia en la capital colombiana solo se vio trastornada por un viaje a España donde permaneció alrededor de seis años practicando el oficio de las letras y dedicado al periodismo y la pintura.

Sus primeros poemas vieron la luz en Barranquilla, cuando frisaba los diecinueve años, con el recibimiento apoteósico de García Márquez. Pero no fue hasta 1951 cuando se dio a conocer en el país a través de su primer libro de poemas *Rostro en la soledad*. Además de la aparición de uno de los temas característicos de su producción, este primer libro celebra la plenitud del ser hombre pero también al poeta que se reconoce su amarga condena.

Ya los primeros poemas expresan la paradoja de las negaciones del 'yo' de un hombre distinto a los demás, reconociéndose poeta fatalmente condenado a la poesía, pone su huella como indicio de un nombre, da rienda suelta a sus apetitos y

expresa de manera primitiva, fisiológica y sensorial el descubrimiento del cuerpo y celebra la orgía de los sentidos, movimientos, actitudes, gestos y excrecencias. Además del cuerpo que se identifica con las cosas y consiente la soledad: “Yo solo aquí, miradme, entre mis huesos, embutido en mi piel y mis maneras.”

Asimismo, asoma uno de los motivos poéticos fundamentales: la casa, plena, recreada por los sentidos, se deshace en su materia pudriente y comienza a habitar en el hombre y a dejarse habitar por él. Ruidos y rumores, fantasmas y presencias extrañas, dan origen a una casa orgánica donde la fisiología de lo potente se hace tenue, casi intangible como la levedad del pájaro y del agua cantando.

Esta casa inmaterial es el espejo que delata a su habitante que la contamina con sus fluidos, su cansancio y sus vahos por sus rincones donde circula la naturaleza: viento-hombre, tiempo de hojas, lámparas con ángeles de luz, noche para la caricia de los ojos, presencia de lo desconocido, misterio de la casa con sus objetos como fantasmas que la recorren.

Al lado de la soledad, de la casa, de la conciencia de la poesía, se desgranán temas fundamentales de la poética rojasheraciana: el fatalismo y la vaguedad de las presencias, la transubstanciación de todo con todo, esa preñez de todo por lo humano, y la desrealización de la materia.

Realidad vaporosa, evanescente, esta primera huella de fantasmagorización del mundo impone su vigencia, más por el movimiento y nervio que le inyecta el hombre que por la imposición física de la materia, más por la presencia humana que por la pesadez de la sustancia y de las formas. Esta visión fantasmal es, sin duda, una manera de asomarse el niño que hubo en Rojas; el corte animista de esa mirada mágica hace parte del misterio de ser hombre. Pero, de igual modo, es la prueba concreta de la calidad de obra y de las primeras obsesiones creativas que, más tarde, se consolidarán en sus novelas y en su pintura.

Desde el principio, la poesía de Rojas deja entrever los rasgos de su obra madura: el deseo de narrar la infancia con el estreno de los sentidos, los miedos y expectativas y el compromiso vital con el ser humano, enraizadas en líneas cosmovisionarias soldadas a la concepción poética de un destino inmemorial y a la relación panteísta de todo con todo. Estos rasgos son expresión de fe en la renovación del hombre a partir del regreso a la inocencia, sin que eso signifique un falso optimismo, más bien, la creencia de que el destino del hombre está en sus raíces, las cuales, al definir la identidad y el futuro, son indestructibles, irrenunciables.

Frente a este corte, aparecen matices cuya variedad y calidad le permiten al escritor desplegar el recorrido carnavalesco de la imagen de la muerte que engendra la vida, imagen ambigua que señala, a la vez, el origen y la procedencia. Esta imagen funeral parece garantizar el hallazgo del lenguaje para nombrar la muerte a través de una serie de indicios que forman un casi símbolo destinado a decirnos que, ante la muerte, el único lenguaje es el silencio.

De igual manera, se reitera el tema de la soledad del cuerpo no nacido, engendrado por el poder del aliento, cuerpo y fatalidad del hombre antes de sí mismo y hacia sí mismo, hombre con su pesadez de ángel y sin respuestas, Adán al que le falta la levadura para ser hombre y lleva sobre sí el castigo de no ser hombre. El tema de la pérdida de los sentidos, despojo vital que hace del hombre dueño de nada, rodeado de un mundo que no le pertenece y que soporta sobre sus hombros como 'carga inútil' de vida. Este despojo, otra de las formas de la soledad, muestra al hombre convertido en un mero parapeto, irremediamente incapaz de cortar los hilos invisibles que lo ligan a la naturaleza y a sus obras, presentes en un parque, en un suburbio o en el viento que empuja las cometas de los niños.

Asimismo, su obra transparenta la imponente y el rigor de la muerte a través del reposo y del murmullo de la pudrición en una mirada alucinada que va sumando indicios para apuntalar otras formas de la soledad, donde se vierten muestras de verdadera poesía urbana con su carga ideológica de multitudes, de urbanidad, de masificación comunicativa, de micro-centros urbanos y de ruidos que convierten al transeúnte en un ser circuido por normas, un habitante extraño naturalizado en sitio ajeno.

Esta visión crece a través de imágenes ciudadinas que revelan la podredumbre y la absoluta libertad de animal destinado a morir, al tiempo que son canto a la soledad como castigo, a la soledad como materia de hombre, imposible de zafarse. Es recurrente, entonces, la fisiología y la persistente ligazón del hombre con el animal y la mezcla de lo animal con lo urbano, ahora matizado a través de la mirada, el olfato, el gusto, el saludo o el gesto.

Frente a las evidencias de la muerte como 'borradura del mundo', la poesía de Rojas es una súplica donde las sensaciones, las muecas y las emociones se mezclan con los recuerdos de la vida cotidiana y burocrática, con los disimulados deseos y amonestaciones, con la lectura de páginas sociales y entradas a cine.

Aunque a veces es difícil seguir el desarrollo de los temas, cada texto desgrana rasgos poéticos que anticipan imágenes del derrumbamiento de la casa, de las plagas, del patio y de la pudrición en el olvido que aparecen en su novela mayor: *Celia se pudre*. Por eso, este recorrido nos revela rasgos puntuales de su concepción: la infancia, la soledad, el miedo, el terror de vivir, la fisiología humana, la culpa, la derrota, el desmoronamiento, la vida cotidiana. Este recorrido exige rearmar el aparato de relojería de su obra cuyas piezas dispersas, muestran el complicado mecanismo de la comunicación de todo con todo, en su solidez de conjunto pendular desde donde se vislumbran los matices de su panteísmo integral.

Tal dispersión de *poesía en presente* se inspira en el humor y en la obscenidad como fuerzas poéticas encargadas de 'desridiculizar' al hombre de la carga de insensatez que, en su afán de conocimiento y de explicaciones, ha echado sobre sus espaldas, así como de recuperar los puntales del pasado, de apelar a la necesidad iniciática de devolver al hombre a la infancia.

Desde una mirada panorámica, en Rojas se aprecian otros matices que hacen de su creación una de las más sólidas y universales del arte colombiano. Su esfuerzo por dominar el idioma, a partir de la conciencia de que las palabras mienten, la visión clásica de que la poesía existe por siempre y el ataque a la creencia de que viene envasada en versos, la visión escéptica del cronista que se copia en sus novelas a través del cronista de Cedrón y del pintor Emú, el espíritu liberal de algunos personajes y la visión fatalista del destino del hombre, la descreencia en los sistemas y la conciencia de la transvaloración contemporánea, el lenguaje como la preocupación por establecer con el otro una relación amorosa, la permanente y constante búsqueda de los personajes de una identidad que siempre se les escapa, la presencia constante de lo popular en sus creencias, lenguajes, actitudes y maneras a lo largo de su obra, plena de humor, juego y obscenidad, son tonalidades típicas del esfuerzo artístico de Rojas Herazo.

De fuertes convicciones estéticas, este escritor se distingue de otros poetas colombianos porque el ejercicio estético no le impide reflexionar sobre el compromiso ético de su creación, destinada a consolar y acompañar al hombre, pretensión que su obra total tampoco elude al definir la poesía como ejercicio de los sentidos que reivindica al hombre contra la muerte desde la más temprana infancia, precisamente en el momento en que el hombre “estrena sus sentidos.”

Desde esa concepción, entrena Rojas Herazo la libertad de expresarse por fuera de las ataduras de la gramática, mas no de las del idioma, de hacerlo desde la absoluta libertad del ejercicio de los sentidos y de la imaginación, adentrándose en las incógnitas del idioma para encontrar un nuevo sentido, pero no solo desde la impronta intuitiva sino desde el ejercicio cerebral y noble de la cultura, aprovechándose de ser testigo intencional y excepcional de la vida humana. Si la poesía es una poderosa máquina de conocimiento, en ella se aquilata el hombre en la plenitud para enfrentar el mundo y la vida. Nada le está vedado a la poesía para que ejerza la función de abarcarlo todo. Es por eso el instrumento más adecuado para acompañar al hombre y enfrentar el miedo, la soledad, la muerte, la misma incapacidad de vivir.

Como es obvio, la función estética de lo que Rojas llama la “civilización de los sentidos” y el poder creador de la imaginación, tiene en el humor uno de esos derroteros. Ya en 1994,<sup>1</sup> establecíamos la creencia firme de Rojas en el humor y en la obscenidad como formas a las cuales se puede acudir para exorcizar el mal que el hombre ha atraído sobre sí mismo a través de la estupidez de los sistemas. Esta manera de rescatar al hombre y de reivindicar la naturaleza humana, es otra de las formas del

---

1 Se alude a la investigación de Alfonso Cárdenas Páez, titulada *Escritura y visión de mundo en la narrativa de Rojas Herazo*, Universidad de Cartagena, 1994, 138 páginas, donde se señala que uno de los rasgos de la poética de Rojas es el humor; allí se le hermana con el cronista Luis Tejada y se habla del juego literario entre su actitud y sus temas.

realismo sensorial de Rojas para quien el humorista intuye de manera total la realidad y la ve del otro lado de los detalles inmediatos, como algo que permanece más allá del antes y el después del tiempo.

El humor como actitud trascendental, visión cósmica del universo, intuición completa de la realidad, búsqueda y creencia en la persistencia de las esencias, es lo que caracteriza el humor de Rojas. En palabras suyas, el poeta es un operario del idioma que busca desentrañar el sentido de las palabras, que se juega el alma propia y la del lector en un intento de ser justo: “Justo con su obra y justo con quien le ha otorgado su libertad de leerlo.” El humor es, precisamente, una de las formas de la justicia humana.

Pero, al lado de esta forma, existe la risa festiva e intelectual que nos habla del hombre como un objeto temporal, sufriente, chocando contra todo, trajinado y muriendo sin descanso. De nuevo, se reiteran los motivos de una poética ajena a las normas, que observa los personajes a contraluz, que recorta la figura y perfila la silueta cotidiana desde donde asoma el pintor camuflado en la palabra. Son también el contraste entre el motivo ventral y la respiración y la imagen visionaria de América las que sobrecogen por su capacidad de sugerencia y por el vigor con que se expresa y proclama el americanismo a secas.

Estos indicios son suficientes para afirmar que los ensayos, novelas, poemas y pinturas de Rojas configuran el telón de fondo de la experiencia estética inconclusa y crítica de la vida. Muchos de estos rasgos son los que desfilan a lo largo de los diferentes artículos que componen la revista. Alfonso Cárdenas propone cuatro aspectos de la actividad poética de Rojas. En principio, señala sus relaciones con Mito, grupo pionero de la apertura literaria colombiana al mundo. Luego estudia la visión poética para caracterizar los rasgos típicos del realismo sensorial, destaca la concepción mitográfica y la religión del arte como formas de comprensión de su quehacer artístico y, por último, examina varias manifestaciones de la presencia y la conciencia autobiográfica del autor.

Blanca Inés Gómez rastrea las representaciones del sujeto en la escritura de Héctor Rojas Herazo en una doble vía: por un lado, considera los elementos autobiográficos presentes en el autorretrato y en la construcción de un mundo literario que se cifra en la reflexión sobre la lectura, por otro, dispone el recuerdo de un espacio imaginario fijado en pequeñas viñetas fenomenológicas.

Yolanda Arbeláez estudia la estética perturbadora de las tres novelas de Rojas Herazo. A la luz de lo grotesco, nos revela su carácter paradójico y la manera como originan un mundo de tensiones donde prevalece lo negativo de la mirada del narrador, que penetra en el mundo privado de los personajes, mundo en descomposición que da origen a una narrativa visual, inconclusa y fragmentaria.

Gilberto Gómez, por su parte, hace un estudio comparativo entre Virgilio Piñera y Héctor Rojas Herazo para revelarnos dos escrituras críticas del progreso de la modernidad a través de su enfoque del absurdo que a través de la vida cotidiana, ilustra

el vacío de la cultura occidental moderna. Esta crítica periférica desde el Caribe y desde América Latina se anticipa a la visión posmoderna.

Tres estudiantes del programa de Maestría en Literatura de la Universidad Javeriana también reflexionan sobre la obra artística de Rojas. María Inés Moreno penetra en la pintura para revelarnos la original manifestación plástica plena de vibraciones del trópico, de americanismo y de estrechos lazos con su obra poética. Franz Mauricio Castro nos habla del deseo de Rojas de comprender la totalidad de la existencia humana a partir de la conciencia de la muerte y el regreso a la infancia, valiéndose del humor y el erotismo y de tonos existencialistas y nihilistas. Por último, Martha Lucía Rubiano toma como objeto de estudio la novela *En noviembre llega el arzobispo* y, al referirse a la fragmentación y discontinuidad de la obra, concentra su atención en el ciclo de maldad e incomunicación que instaura el gamonal Leocadio Mendieta. Es así como a través del lenguaje de los sentidos el poeta trata de recuperar los vínculos a través de sentimientos encontrados que hacen parte integral de la construcción de los personajes.

Gabriel Alberto Ferrer ensaya acerca de los elementos de la poética que se revela en la obra lírica de Héctor Rojas Herazo. Aspectos como la visión de Dios, la caída del hombre, la muerte, la soledad, la culpabilidad y el castigo, sirven de motivo para incursionar en las manifestaciones del lenguaje poético: el lenguaje religioso, el lenguaje grotesco, escatológico y la oralidad. El objetivo es revelar la crisis de sentido del hombre moderno y su conciencia de la soledad y la muerte como estados ineludibles.

Yolanda Rodríguez trata la complejidad de la novela de Héctor Rojas Herazo, *Respirando el Verano*, a través del análisis de los escenarios, la temporalidad y la estructura narrativa, elementos que sustentan la unidad de sentido de la ruina, la soledad y la muerte. Uno de esos escenarios es la casa como símbolo de la ascendencia y la descendencia, sumada al patio que la desplaza para acoger la soledad y la muerte, a través de una temporalidad narrativa que incorpora monólogos y soliloquios.

Por su parte, Julio César Goyes caracteriza la poesía de Rojas Herazo como un intento dialógico entre “poesía pura” o hermética y poesía “neopopular” o coloquial, que se potencia desde la experiencia sensorial e imaginativa acerca de un mundo pleno de tonalidades humanas. Gracias al juego dialógico entre géneros, estilos, voces y discursos, las imágenes, ritmos y silencios expresan una realidad americana mítica, crítica, irónica, lúdica y erótica. Esta escritura “trans” vanguardista unida a la voz popular americana, da salida vigorosa a una mirada de múltiples tonalidades expresivas.

Esperamos que este sencillo homenaje al maestro Héctor Rojas Herazo, más que un intento de explicar su obra, sea recibido como una sincera invitación a leerlo, a comprender la visión del hombre, del mundo y de América a través de la cual quiso romper con muchos esquemas que nos impedían vernos en nuestra real dimensión, a compartir su experiencia estética vigorosa y fragmentaria pero, en contraste, decidida de manera frontal en búsqueda de la totalidad con el fin afianzar la vida y el hombre a través de la recuperación de sus puntales en el pasado.